

aparece súbitamente una casita al lado del sendero, con sus muros blanqueados y sus balcones carcomidos recordándonos España.

Todo esto es la región del viejo Soule, donde está situado Mauleón con sus fábricas de boinas vascas y alpargatas, y no hay que olvidar, la fama de sus bailarines. Acompañados de los agudos tonos de un txistu, de una dulzaina y de un tamboril, los mozos hacen sus saltos, graciosos y varoniles a la vez, que casi nos parecen ligeros como plumas danzando sobre el suelo. Voltaire ya hablaba entonces:

"del pequeño pueblo que baila a pie de los Pirineos".

¡Qué vida en S. Jean Pied de Port! Con sus muros rojos que se bañan en las aguas del río Nive, da una impresión completamente española, el 15 de agosto, cuando el pueblo celebra su fiesta bajo los altos plátanos del viejo castillo. Y muy cerca pasa la vieja carretera romana, donde en la Edad Media los peregrinos de Alemania, Austria y Suiza hacían su peregrinación hacia la lejana Compostela. Muy cerca se ve también el valle de Roncesvalles, donde Roland defendió la retirada de Carlomagno, y aún nos parece escuchar el cuerno de Olifant.

Y en el otoño pasan aquí las palomas torcazes. De las selvas y de las colinas brotan entonces los gritos de los cazadores y el ladrido de los perros. País de las encinas y de los ríos pequeños y vivarachos que serpentean por los valles bordados de helechos.

Como un murmullo las ondas ligeras del río Nive van juguetonas al mar, siempre resguardado de montañas. Y de las cuevas verdes lucen las casas blancas de Cambó, donde el poeta fino Rostand tomó su hogar. Puro es el aire como en ningún otro lugar, y limpio el cielo. Un lugar, "donde uno se cura, donde uno muere". Y aún el verso de Derimé nos dibuja un retrato exacto del silencio y del aislamiento de la región:

*Sobre el sendero sombrío, donde un viejo
[aragonés
en la silla amarilla-roja de su mula va,
desliza una bandada de cisnes en el limpio
hacia la nieve de los Pirineos [azul*

Esta tranquilidad se rompe, donde el río Nive se une con el Adour, y donde el puerto de Bayona se ensancha más hacia la orilla del mar. Y no muy lejos el centro internacional de Biarritz, donde la vida moderna y elegante ha roto la soledad de los vascos.

En S. Jean de Luz, un pequeño pueblo de pescadores, forman mar y montaña, río y selva una unidad. Las calles, recuerdo vivo de los tiempos pasados, nos hablan de cuando los barcos corsarios salían en viaje. A lo largo de la playa se erigen siempre nuevos chalets elegantes y hoteles modernos. El mar parece bramarse con rencor por esta invasión de la época moderna, mientras que la cima la Rhume aparece como protectora de eskualherria, el país de los vascos. En Ciboure, algunas escaleras trepan las cuevas, donde sueñan aun las casas señoriales de los viejos armadores. Y en las calles y en el puerto, por todas partes, encontramos los "cascarots", figuras envueltas en andrajos. Son gitanos, los expulsados de España en el siglo 15, que se establecieron en esta región. Y ellos han conservado lengua y costumbres de sus antepasados, y también el sentido para la

charlatanería y el contrabando.

Bajo el repique argentino de las campanas de sus iglesias duerme tranquilamente Hendaya, a pesar del tráfico internacional que corre por sus calles en dirección del puente internacional construido sobre el Bidasoa haciendo de frontera entre el país vasco francés y español, pero sin poder separar su alma.

Igual al árbol de Guernica, cuyas ramas crecen todas del mismo tronco, los vascos de este lado y de la otra parte han conservado sus viejas costumbres, en un aislamiento orgulloso y elegido por propia voluntad, en armonía con el murmullo de las selvas y la canción de los ríos, el rencor del mar y la soledad casta de las montañas. ¡Qué hermosamente sabe Unamuno, un hijo del país vasco español, expresar el amor a la madre tierra:

Si no fuera porque en el pueblecito lo narraban todos los viejos, yo mismo no lo hubiera creído, acostumbrado como estoy a escuchar leyendas.

Esa tarde venía de Tacuba, don Ildefonso el prestamista, montado en su mula prieta, el puro en la boca, medio terciado en la cabeza el sombrero de junco, haciendo memorias de los últimos negocios.

En una vuelta del camino se encontró con Mauricio Nolasco, el de La Quebrada.

Al ver al indio recordó los reales que éste le debía.

—Nolasco, t'esperado mucho. ¿Cuándo me vas a pagar?

—Patroncito, no tengo plata, pero le ofrezco pagarle en cuanto pueda. No se enoje conmigo.

—Está bien, Nolasco. ¿Y a dónde vas?

—A un mandado, patrón.

—¿Estás enfermo? Te veo pálido.

—Algo, patrón; las tercianas...

—Curate pronto, pues. Y que te vaya bien.

—Gracias, patrón. Prontito nos veremos...

La mula resoplaba inquieta, mordiendo furiosamente el freno.

Al sentir floja la rienda, el animal corrió desesperado cuesta arriba.

A don Ildefonso le llamaron la atención los resoplidos de la mula y el escalofrío que a él le cabalgó espalda arriba, al mismo tiempo que el piscoy agorero le cantaba.

Al pasar por el cementerio vió conversando en la puerta a los que no llegaron hasta el sepulcro del finado.

—¿A quién entierran?—preguntó don Ildefonso.

—A Mauricio Nolasco—le respondieron.

—Buena broma quieren hacerme ustedes. Acabo de hablar con él allá abajo.

—Pues será con el finado. Mauricio murió ayer.

La mula está desesperada. Tasca furiosamente el freno. El frío muerde en la espalda al jinete.

Unas mujeres confirmaron la muerte de Mauricio.

Como electrizado se agarra don Ildefonso al freno de la mula, pica espuelas, cierra los ojos y se deja llevar a casa, ardiendo en calentura. Se lo comía la fiebre del espanto.

Lo desmontaron en peso, lo frotaron, lo envolvieron, le rezaron.

La muerte se burlaba de todo, en un rin-

*Mi madre parda, madre de verdura,
masa de corazones, recia fragua,
de mi españolidad,
bajo tu lecho en la rocosa hondura
virgen, del cielo se remansa el agua
soñando eternidad...*

Tierra de soledad!

*Tierra de soledad, guarda en tu seno
mi soledad, hermanas soledades
que alma son de los dos;
tierra de soledad, campo sereno,
tú cuando llegue el fin de las edades
me pondrás cara a Dios.*

R. Caltofen SEGURA

Mayo de 1952

Señas del autor: 13 Rue Roublot
Fonténay sou Bois (Seine). France

Lo mató el finado

(En Rep. Amer.)

cón del dormitorio. *

Tres días después iba don Ildefonso, en hombros de los amigos, camino del cementerio, a cobrarle a Nolasco los realitos y la broma que le hizo después de muerto.

Francisco LUARCA

San José, Costa Rica, 24 de abril de 1948.

x

Encuentro

(En Rep. Amer.)

Me preguntas:

¿Qué hiciste anoche?

¿Anoche?

Sí,

Salí a la calle, creo.

Pasé junto a la estatua de un prócer silencioso;

cerca de él, en una banca de cemento él le decía amoroso.

—¿Me quieres, dí?

Le contestaba ella en un murmullo.

—Sí—.

Se quedó el eco en el suspenso.

Creo que se besaron

Yo pensaba, solo, en mi camino.

¿A dónde?

No sé, solo caminaba.

Ibamos la noche y yo. Solos.

Con las luces de la calle.

En una ventana joyería,

dos mujeres, admiradas, en sus ojos

el destello de la pedrería

Pero subía a cada voz más alto.

Solos la noche el viento y yo.

Las luciérnagas locas con motores,

automóviles veloces, lentos

con voces de adulterio, con voces aburridas.

La ciudad, el tablero de diamantes.

Y casas, y techos, y más casas.

Tal vez en aquella llore un niño,

en la otra hay una fiesta,

Las parejas están en la azotea.

Y subí más alto!

Pero anidaba en mí la soledad,

la búsqueda azorada.

Algo más que un deseo.

Era. Yo no sé, no podría decirlo.

Tal vez que estaba solo, muy solo.

Pensé...

Y subí más alto!

Ya no estaba solo.

Ibamos, la noche, el cielo y Tú.

Ricardo QUESADA

San José de Costa Rica, marzo 1952.